do VI, un Jorge II, dictando contra el pobre leyes de bárbara crueldad. ¿Sabéis qué ministros presenta al lado de esos Apóstoles del Catolicismo, que á costa de su reposo y de su vida van repartiendo la caridad de la palabra por el Paraguay, el Japón, el Tonquín y la China? Hombres que, desechando la sabia ley del celibato eclesiástico, descuidaban, por el amor de la propia familia, el amor de la gran familia humana, y que en la conquista de las almas para la fe y la gloria de Jesucristo rara vez tenían valor para pasar más allá de donde alcanzaba la protección de su bandera. ¿Sabéis qué muestra el Protestantismo junto á esas mujeres superiores que embellecen nuestros hospitales, ya tocando con mano delicada la herida del guerrero y la frente del moribundo, ya atrayendo con la oración ó la palabra los auxilios de la gracia divina sobre el cristiano que vacila en su fé? Veréis, acaso, algunas otras mujeres, dignas de respeto sin duda; pero ni tan llamadas, ni tan queridas, ni tan admiradas, porque no se inspiran, no se fortalecen, no se embriagan de caridad, como aquéllas, en el convite sagrado del celestial Esposo. ¿Sabéis, por último, si el Protestantismo ofrece algo que compararse pueda á esas Asociaciones católicas que, con el socorro material de la limosna, infunden en el pobre y en el infortunado el amor á sus enemigos, el consuelo en las tribulaciones, la purificación por el sacrificio? Nó; eso no lo contemplaréis ja-

más. Podréis ver al Estado distribuyendo crecidas sumas entre los pobres, sin conseguir que disminuya su número, y guiado exclusivamente de consideraciones políticas y de fundados temores, como sucedía en Roma: veréis también Asociaciones numerosas que reparten millares de libras esterlinas entre los indigentes; pero sin llorar jamás con ellos, sin curar jamás sus llagas, sin regenerar jamás su corazón, porque no han aprendido á mirarlos como hermanos en Jesucristo, á amarlos en Dios y por Dios, como lo harían si participaran juntos de la misma Mesa en las gradas del Santo de los Santos. Nó: en vano ciertos hombres se esforzarán en falsear los hechos históricos para seducir las inteligencias sencillas. El Protestantismo no presentará nunca ni una Isabel de Portugal para el pobre, ni un Francisco de Paula para el poderoso, ni un Francisco Javier para el idólatra, ni un Juan de Dios para el enfermo, ni un Vicente de Paul para el expósito, ni un José de Calasanz para el niño, ni una Angela de Brescia para hacer brillar el pudor sobre la frente de la virgen, ni un Felipe de Neri, en fin, para esclarecer más y más el talento de los sabios.

¿Temeremos, pues, nosotros que el error protestante, que vive, aunque con muy pobre vida, en nuestras más populosas ciudades, pueda vencer á la verdad católica en el terreno de la discusión y de la ciencia? ¡Oh! Nó por cierto. Lo que debemos temer es á ese pobre corazón del hombre que

se doblega ante las pasiones, que es deslumbrado por la ambición, y que suele venderse al oro. En la lucha de la verdad contra el error, la verdad alcanzará siempre la victoria definitiva: mas ¡ay de mí! ¿quién puede prever las defecciones, las flaquezas y las desventuras que habrán de sucederse en el curso del combate? Nó; no tememos al Protestantismo como doctrina: él, sin prestigio y abandonado en nuestros mismos días de muchos de sus hombres más célebres, está representando en Europa el papel de un rey usurpador, muchas veces vencido, que mendiga alianzas adulando bajamente, y apénas recibe algunas buenas palabras en atención á su desgracia. El Protestantismo —permitidme lo vulgar de la comparación —viene haciendo, há largo tiempo, como la liquidación de sus principios; es la almoneda de un establecimiento que va á realizar sus géneros, y, por estar averiados, se les añade otra mercancía que excite la codicia del comprador. Así la propaganda protestante ha inundado de libros nuestras ciudades, y muchos han aceptado esos libros, porque de las premisas que en ellos se sientan se sacan necesariamente, en la esfera especulativa el Naturalismo y el Racionalismo, y en la práctica el Socialismo y el Comunismo, tan funestamente fascinadores para todos los que sueñan con los goces de la vida y no aman el trabajo.

Porque no es posible dudarlo. El Protestantismo está fielmente retratado en aquel mal espíritu

de que habla la Escritura (1), «que, andando por lugares secos y no hallando reposo, toma consigo otros espíritus peores que él, para volver con ellos á vivir en su morada.» De esa audaz herejía, que había negado el más consolador secreto de la vida de Cristo, surgieron á poco aquellos hombres soberbios que negaron la divinidad del Salvador, y á los que Fausto Socino dió su funesto nombre en la historia. De los que habían negado la divinidad de Jesucristo salieron después los que le odiaron; aquellos filósofos del siglo XVIII, mitad deistas mitad ateos, que tanto calumniaron á la Iglesia Católica. Y de los que odiaron á Jesucristo y á su Iglesia provinieron seguidamente aquellas turbas que aborrecían también la humanidad, y que, barriendo como tromba asoladora los fundamentos en que descansan las sociedades, vertieron tanta sangre inocente, y causaron al mundo tan indecible espanto; tremendo cuadro, Señor, que ha vuelto á contemplar, horrorizada, la Europa, que nuestra misma patria ha presenciado, y que—triste es decirlo—habrá de repetirse de una manera periódica en tanto que la fe, la Religión y la caridad de Cristo no ocupen el primer sitio en la vida social de los pueblos.

Acaso el Protestantismo no imaginó jamás ocasionar tanto daño: pero todo esto se originó de aquella herejía soberbia, que quiso dejar tan libre

(1) Matth. XII, 45.

el pensamiento humano como agostado y seco el corazón. Y si de este orden de ideas, por desgracia más conocido de todos, quisiéramos entrar en el terreno puramente especulativo, veríamos cómo el error protestante, negando la transubstanciación eucarística, vino luego á informar la razón filosófica de los siguientes siglos, hasta el punto de que las escuelas racionalistas se pierdan y se agiten en el vacío y el delirio. Cierto que la filosofía moderna, cuando no ha llegado á la abyección postrera, á las degradaciones materialistas, os dirá que admite un Dios, y que le ensalza y adora. Pero ¡ah! ¿qué Dios es ése, que, según el Naturalismo, es el instinto, la necesidad ininteligente que mata la libertad humana: que, según el Idealismo, no es la causa primera y única de cuanto existe, anterior al mundo y á la naturaleza, sinó que sólo principia á existir cuando el hombre lo piensa y lo crea: que según el escéptico, ni se revela, ni se concibe, ni se define, ni se afirma? ¿Qué Dios es ése, que, en las relaciones del entendimiento, nunca detiene los ímpetus de una razón orgullosa; que en las borrascas del corazón jamás acierta á calmar las olas de las pasiones; que cuando el espíritu desmaya nunca le fortalece, y cuando sobreviene el infortunio jamás le infunde resignación ni esperanza?

Pero hay más todavía. De todo este conjunto de aberraciones y monstruosidades ha salido lo que gráficamente se llama el espíritu moderno; es-

píritu de independencia contra Dios y contra su Iglesia, encarnado en el seno de la sociedad contemporánea. El Protestantismo puede, por tanto, gloriarse con razón de ser el punto de partida de ese espíritu fatal, de ese mentido progreso: nosotros le cedemos todo entero este honor, porque el espíritu moderno, y, de consiguiente, el progreso moderno sólo viene á consistir en una mera cultura peligrosa y estéril, cuando no es la rebelión abierta y declarada contra la autoridad y el orden. Y aquí es la ocasión de afirmar y sostener que la civilización verdadera es la hija más querida de la Iglesia Católica, «círculo — dice Chateaubriand — que se agranda á medida que aquélla se dilata, y que no ahoga ciencia alguna ni libertad alguna.» Porque ¡qué de cosas grandes, de descubrimientos magníficos, de gigantescas creaciones, no produjo la Iglesia ántes del siglo XVI! ¡Y qué de grandezas y maravillas no hubiese ella realizado, á no haberla detenido el error protestante en su majestuosa marcha! Que no nos dé, pues, en rostro la incredulidad con los adelantos de nuestra época; porque el Catolicismo tendría, sin la emancipación del pensamiento humano, todos esos adelantos, y tendría además, algo más útil y fecundo. Tendría la razón, más la fe; la ciencia, más la humildad; la libertad, más la obediencia; la riqueza, más el desinterés: tendría, en una palabra, la actividad del entendimiento, más los sentimientos morales y religiosos.

Pero el Catolicismo, Señor, no puede entender por civilización ni traducir por un progreso legítimo esos extravíos de la inteligencia, esa fiebre del corazón, esas excitaciones de los sentidos en que se revuelve y se enerva la sociedad contemporánea. Al resplandor de esas luces fantásticas que alumbran nuestras ciudades, apénas distinguimos un cuadro que consuele el espíritu; una mirada al cielo, una oración del alma, un rasgo de caridad y abnegación. En cambio, veremos por todas partes mil apariciones siniestras: naciones que se empobrecen, razas que se destruyen, poderosos que se alimentan de la sustancia del pueblo, ricos que no buscan en derredor necesidades que socorrer, pobres que no aman la resignación y el trabajo; un indiferentismo que asemeja el corazón humano á esos árboles estériles y casi secos, que ni vegetan ni dejan vegetar á las plantas que les están cercanas; un egoísmo que todo lo quiere siempre y nada concede nunca, y que hace parecerse al hombre que lo abriga, al reptil, animal también de sangre roja pero fría. Y para remediar tamaños males—ya os lo he dicho—sólo nos encontramos con una ciencia racionalista y atea, que con sus más recientes y peregrinos ensayos, ha pretendido descubrir, en no sé qué evoluciones sucesivas de las especies, todos los secretos de la creación y de la vida, si bien ignora hasta las más sencillas nociones de la religión y la virtud, y no sabe deciros cuanto valor tiene un alma por su

origen y por su destino. «¡Oh, raza humana—diré con unas palabras inimitables de Dante—raza nacida para volar tan alto! ¿Cómo caes de este modo al menor viento?» (1)

Nó; el Catolicismo no puede regocijarse de semejante progreso; y precisamente por lamentarse de esa civilización tan decantada, por condenar ese espíritu moderno, que no es creyente ni humilde, la Iglesia católica y su Pastor Supremo sufren, há largo tiempo, las acusaciones y asechanzas de numerosos enemigos. Pero ¡ah! ellos dicen como el Apóstol: «Si Dios está por nosotros, ¿qué podrá nadie contra nosotros?» (2). Si Jesucristo vive en nuestros tabernáculos y está siempre pronto para bajar á nuestro corazón, ¿qué importan los peligros, ni las persecuciones, ni la espada? «Nada será bastante á separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Señor nuestro» (3).

Porque la Eucaristía, que es un misterio de intensísimo amor para los hombres, y que tanto engrandece á los pueblos, es asimismo ¿cómo no había de serlo? un secreto de poder para la Iglesia, un escudo invencible donde todas las armas se embotan y todas las soberbias se confunden. «Por el Sacramento del Cuerpo de Jesucristo fué subyugado el mundo» (4); y por El «permanecerán

(1) Purgat.
(2) Rom. VIII.
(3) Ibid.
(4) S. Agust.

firmes las columnas que sostienen el edificio Católico» (1). Mientras Jesucristo viva en el templo, la Iglesia no puede sucumbir; y nunca han de faltar Sacerdotes que tomen la Hostia en sus manos, y hagan con su palabra que Jesucristo descienda sobre aquella Hostia. Por eso se instituyó muy principalmente la fiesta de la Eucaristía, para destruir el error y para arrebatarle toda sombra de esperanza de conseguir jamás victorias decisivas. Por eso se ha establecido la adoración perpetua del Sacramento Eucarístico, para hacer ver al incrédulo y al impío que Jesucristo reinará de un modo real, positivo é incesante en la humanidad, hasta que la humanidad, salvada por el amor de Jesucristo, suba á reinar con El en más venturosa patria. A los resplandores del Trono Eucarístico, y entre las espirales de incienso que suben á los cielos, el entendimiento del hombre se elevará en busca de la verdad, guiado siempre por la fe, y veremos cómo nunca se interrumpe esa cadena de verdaderos sabios que en los últimos siglos nos enseña tantos nombres inmortales, desde Belarmino y Bossuet hasta Wisseman y Balmes. Al eco de esos cánticos de infinita ternura que en todos los ámbitos de la tierra se entonan á Jesús Sacramentado, se alzarán hasta Dios tantas lágrimas de dolores que se resignan, tantas acciones de gracias de deseos purísimos cumplidos, que ellas digan al

(1) S. Buenav. de præparat. ad Miss.

mundo con sobrehumana elocuencia: «Sólo allí mora el Bien; sólo en Cristo debemos poner nuestra esperanza; sólo del Cielo vienen esos avisos saludables, esas corrientes eficaces que de continuo traen á la Iglesia católica millares de hijos que vivían á la sombra de falsas religiones.» En la santa embriaguez de la Cena Eucarística es donde únicamente seguirán formándose esos corazones que enferman verdaderamente de amor; de amor á Jesucristo, para colmarle de adoraciones eternas; de amor á los hombres, hasta el punto de vivir para ellos, de implorar la caridad para ellos, de morir, si es preciso, por ellos. ¡Oh! ¿dónde, sino en la Religión que distribuye la Eucaristía, podría encontrarse algo que se igualara, digo mal, algo que se pareciera á las Conferencias de San Vicente de Paul, á las Hermanitas de los Pobres y á los Colegios de las Misiones para el Nuevo Mundo?

Resumiendo, Señor, las ideas enunciadas, diremos que sólo las virtudes cristianas, y muy especialmente la virtud de la caridad, son hoy la única solución de todos los problemas insolubles para la ciencia humana sobre el mejoramiento moral de nuestras sociedades; y estas virtudes salvadoras no existen, ni se comunican sino en el seno del Catolicismo, en esa Hostia Inmaculada, donde vive realmente el Hombre-Dios. Vengan, pues, todos los hombres, henchidos de confianza y amor, ante el Altar Eucarístico, para recoger los